

El Trabajo Social y el "otro lado"

Por Alfredo J.M. Carballada

Alfredo J.M. Carballada. Lic. en Servicio Social. Profesor Titular de Trabajo Social (U.N.L.P.). Profesor Titular de Trabajo Social IV (U. Nac. Patagónica).

I

A fines del siglo pasado, tanto en nuestro país como en el resto de América Latina se fueron construyendo los diferentes modelos institucionales. La escuela, el hospital, la beneficencia, trataban de asimilarse dentro de las formas que proponía el Estado moderno. Éste aparecía como un nuevo "ordenador" de la sociedad.

Por otro lado, esta construcción de las instituciones estaba marcada por:

1. la puesta en marcha de un "proyecto civilizatorio".
2. la aparición de nuevos actores sociales (los inmigrantes) y
3. una representación de lo que más adelante se llamará marginalidad y que en aquel momento era sinónimo de "**orilla**", explicada por el positivismo y el sociologismo biológico.

De esta forma, la fundación y el desarrollo de las instituciones estuvo ligada al surgimiento de nuevas prácticas. Paulatinamente, éstas se fueron transformando en instrumentos de control social. Todo este proceso fue nutrido y consolidado por el positivismo que, como corriente de pensamiento, lo articuló con el modelo de país que se estaba gestando.

El positivismo tuvo en la Argentina un desarrollo muy profundo, que mereció en muchos casos el análisis de distintos autores, americanos y europeos. Sirvió para fundamentar la incorporación de la economía al mercado mundial, con el rol de país agroexportador, fue un motor que, articulado con el mito del progreso indefinido, sustentó el triunfo de la "**civilización**" por encima de la "**barbarie**", se lo utilizó como instrumento de interpretación del pasado e institucionalizó la desvalorización de lo propio y la exaltación de lo ajeno, apoyándose en el proyecto "**civilizatorio**" como instrumento de transmutación de la "**raza criolla**".

Desde estas ideas se conformó un modelo de organización de las instituciones y de las medidas para administrarlas, incorporando un nuevo sentido que las articulaba con el ideal de civilización. Tal vez en este punto encontremos una de las diferencias más importantes, si comparamos el modelo disciplinar europeo con el que se aplicó en nuestro país. La sociedad disciplinaria que se estaba gestando particularizaba sus prácticas más rígidas en un intento de "**domar**" esa "**barbarie**" que había podido sobrevivir a Caseros, Pavón y ahora, peligrosamente, en la orilla se vinculaba con europeos que traían ideas anarquistas y comunistas.

Quizás de aquí surjan algunas explicaciones de la aplicación de medidas normativas y tutelares que estigmatizaron y penalizaron a la cultura popular, tal vez porque ésta era la expresión de aquellos espacios que debían quedar afuera del modelo de país que se estaba construyendo. País que era entendido por las clases dominantes como una porción de la Europa, blanca y civilizada, incrustada en un continente virgen y salvaje.

De esta manera, a principios del siglo XX comienzan a surgir las disciplinas y las profesiones, ahora como expresión de esos modelos institucionales reflejados en un estado que se construía a imagen y semejanza de Europa y los EE.UU., para aplicarse inmediatamente como herramientas de consolidación de un proyecto agroexportador dependiente de la corona británica.

Pero también esas prácticas van a fundarse en un ideal "**emancipador**" o "**redentor**", muy ligado a la modernidad, que planteaba una "**igualdad**" en abstracto, que sólo podía ser declamada desde el derecho y se apoyaba en profundas desigualdades sociales. El Trabajo Social, como las demás prácticas que van surgiendo en este contexto, será uno de los productos de este juego, legitimándose e institucionalizándose como un nuevo dominio de saber, como un campo de acción que comenzaba a definirse, que junto a las demás disciplinas se imbricará casi completamente con los mecanismos de control social que se estaban construyendo.

La aparición del Trabajo Social como práctica institucionalizada y legitimada también estuvo relacionada con la construcción de una nueva lógica, de la cual se desprendieron precarios marcos conceptuales y categorías de análisis que se fueron perfeccionando a través del tiempo.

Esa nueva creación fue en gran parte producto del pensamiento eurocéntrico y estuvo atravesada por dos elementos relevantes; la pregunta por el origen y el mito del progreso indefinido. La pregunta por el origen sirvió como asidero, sustento ideológico de la expansión de una civilización que se llamó a sí misma "**cúspide de la historia universal**". Desde la pregunta por el origen, se entendió a la Historia desde una concepción unilineal organizada desde la idea de "**caos inicial**" y la búsqueda "**de un orden final**" que marcó un solo sentido posible -el sentido de la modernidad europea- y dejaba del "**otro lado**" a toda expresión que no fuera consecuente con este juego.

Pero en especial, esta pregunta por el origen tenía que ver con las necesidades expansivas de esa civilización y su propia ratificación como tal. La unilinealidad en la concepción de la historia también puede ser asociada con el concepto de "**evolución social**", que, ligado al positivismo, se llamó sociologismo biológico o darwinismo social.

Desde estas ideas se construyeron las primeras matrices descriptivo-interpretativas de las llamadas ciencias sociales. Esta prevalencia de lo biológico consolidará la idea de unidad, la cual será sinónimo de escisión, el hombre comienza a ser ratificado como ser individual, pero esa ratificación hará que ese individuo que se ha habido fundado, sea arrancado de los otros, de su historia, así, su cotidianidad, su posibilidad de reafirmar su identidad, su pertenencia, va a ser considerada "**sin sentido**", fragmentada, penalizada, ahora enmarcada en un nuevo modelo de estado.

De esta forma, ese "**otro lado**" era considerado "**peligroso**", con "**predisposición a la pereza**", "**inferior**", etc. Por otra parte, era necesario lograr una explicación para ese desarrollo unilineal, algo que lo motorizara, que marcara su dirección y que sirviera para explicar las desigualdades sociales fundamentando la penalización de la diferencia. Así, el mito del progreso va cobrando sentido en nuestro país, posiblemente en forma parecida a Europa, pero particularizándose dentro del esquema planteado por la generación del ochenta.

El mito del progreso actuó como idea fuerza, como incitación a la acción, estructuró formas de pensamiento, modeló nuevas pautas, normas y comportamientos, también se lo trasladó a la vida cotidiana a través de las instituciones y sus prácticas.

Estas nuevas prácticas se generaron desde una nueva construcción política: la sociedad disciplinada. En este nuevo modelo de sociedad, tres instancias comienzan a cobrar jerarquía: la vigilancia, el registro y la inspección. Las técnicas se perfeccionaron alrededor de éstas, descifrando, clasificando, creando nuevas categorías, organizando tabulaciones, clasificaciones, tratando de encontrar lo "**oculto**". Se crearon gnosologías, diagnósticos, nuevas diferencias.

La sociedad disciplinada a partir de la conformación de sus nuevas prácticas sociales, creó nuevos dominios del saber, pero básicamente nuevos sujetos de conocimiento. El etnocentrismo que atravesaba este proceso intentó ocultar la relación entre saber y poder, a veces enmascarado en la redención o en la preocupación por el otro.

De esta forma, el conocimiento va a comenzar a relacionarse con un mundo a comprender, a estudiar, a analizar, en este caso con un espacio caracterizado por ubicarse fuera de la unilinealidad histórica. por ser sinónimo de "**primitivo**", "**bárbaro**", "**salvaje**". Un lugar al que se lo obligaría a la adaptación, al equilibrio, a la normalidad. Un lugar siniestro para los ojos del dominador, un lugar que le causaba temor y preocupación. Esa finalidad encerrará una especie de fatalismo, que ratificará la necesidad del control.

"Europa necesitó expandirse para mantener su identidad y fortalecer su sistema de dominación, lo único que no podía aceptar era la identidad del otro, es decir, la diferencia".

Las prácticas que van a surgir en nuestro país se van a singularizar en un proceso de construcción del conocimiento que expresará con gran crudeza la relación entre saber y poder. Se tratará de conocer al "**otro**", de identificar sus rasgos, de caracterizar perfiles, de estudiar comunidades, pero ese "**conocer**" se encargará de buscar la supuesta peligrosidad de éste, de clasificarla, de, en definitiva, ratificar la necesidad de control, a veces oculta detrás de la idea de redención. La clasificación intercambiará rótulos, categorías, se comenzará en poco tiempo a hablar de sociopatía, de poblaciones de riesgo...

Aparecerá el diagnóstico y se conformará como rotulante. *"El diagnóstico reviste el valor de un etiquetante que codifica una realidad considerada irreversible. Es decir, que esta pasividad puede ser de otra naturaleza: no es siempre ni únicamente patológico. A partir del hecho en que se la considera enfermedad, la necesidad de su separación y exclusión se halla confirmada... La exclusión del enfermo libera a la sociedad de sus elementos críticos y confirma al mismo tiempo la validez del concepto de norma que ha establecido"...*

La sociedad y la cultura en América se irán fragmentando paulatinamente, mientras tanto, como efecto de ese proceso, se crearán extraños, donde antes había iguales. Cuando más se sabe sobre aquellos que se clasifica, más poder se ejerce sobre ellos. La historia de América está atravesada por estas prácticas, por estas aproximaciones, por estas formas de ejercer el poder.

Tal vez la historia de América muestre el esfuerzo por recomponer una identidad que fue fragmentada desde la fundación.

Las prácticas sociales serán partícipes y muchas veces protagonistas del juego dominador-dominado, generando nuevos dominios de saber desde los que se desprenderán nuevos objetos, nuevos conceptos y nuevas técnicas que inventarán nuevos sujetos de conocimiento y es sobre estos últimos donde operarán las profesiones y las disciplinas.

II

El Trabajo Social se inscribe en este juego como práctica a partir de su institucionalización y legitimación. Tal vez es posible repensar la historia del trabajo social desde estos conceptos, redefiniendo los alcances y las formas de intervención de esa disciplina.

Para tal fin, es importante recorrer su práctica, estudiar condicionantes, sentidos y articulaciones. Por otra parte, el Trabajo Social en su inserción como práctica, viene repitiendo que en el hospital hay algo más que el cuerpo, que en el derecho hay algo más que la ley, en la escuela algo más que conocimiento. Es decir, algo más que un cuerpo sin palabra, sin historia, sin los otros, al que hay que modelar según la forma que impone cada encuadre institucional.

Esa repetición es producto también de una práctica mediatizada a través de una mirada y una escucha centrada en los sectores populares. Esta cercanía es quizás un lugar que potencia las posibilidades de ruptura con los modelos disciplinares clásicos, de ahí que se haga relevante la necesidad de repensar las categorizaciones teóricas y metodológicas que se vienen aplicando. Ese **"sujeto"** con el cual tomamos contacto en nuestra práctica cotidiana, ha sido delimitado y clasificado sólo por el juego de poderes que dieron forma a la disciplinas, generando marcas, a veces invisibles pero fuertes, que determinan espacios, que conforman geografías y territorios, que no son más que las permanentes demarcaciones de la exclusión, a veces viejas, otras novedosas.

Ese **"otro"** es sólo un escenario, un recorte momentáneo de una trama donde todos estamos inmersos. Todo esto no puede separarse de la historia, de la cultura, de las diferentes inscripciones y determinaciones sociales.

Desde esta perspectiva, los indicadores clásicos, el concepto de técnica y de objeto debería ser revisado. Tal vez, concebido ahora desde la perspectiva de entender que esa delimitación de lo otro es política, simplemente por formar parte del juego saber- poder.

No se trata de redefinir el **"objeto"** del Trabajo Social, sino de salirse del autoritarismo de las demarcaciones. Romper las barreras significa hacer desaparecer los límites entre el **"adentro"** y el **"afuera"**, el sujeto y el objeto, conformar nuevas síntesis, nuevas lecturas, diferentes aproximaciones.

Un nuevo juego, un nuevo dispositivo que se sumerja en la estructura social, desmembrando códigos, sentidos, entrecruzamientos. Se debe desarticular el discurso dominante, producir un rearmado con una dirección y un sentido donde aquello que la sociedad excluye se desoculte, se muestre y ahora marque nuevas finalidades, tal vez desde una aproximación que se vincule más fuertemente a lo subjetivo, que interroge ahora a la propia práctica y que en definitiva deje de **"describir"** lo social, para comenzar a interpretarlo desde una nueva lógica, quizás más cercana a **"otro lado"**.